

El bisturí de la memoria en la democracia argentina

Por César Tcach*

(CONICET/ CEA, UNC)

Fecha de recepción: 05/11/2013 - Fecha de aceptación: 05/01/2014

Resumen

Este artículo se organiza en torno a tres ejes centrales. El primer eje remite a la necesidad de vincular los conceptos de Memoria Impedida, de Paul Ricoeur, y Necesidades Memoriales, de Régine Robin. El segundo, trata de hacer operativos esos conceptos en el período post-dictatorial iniciado durante la presidencia de Raúl Alfonsín en 1983. El tercero, extiende el alcance de los mismos al ciclo post-neoliberal marcado por el acceso de Néstor Kirchner y, luego, Cristina Fernández de Kirchner al poder ejecutivo nacional.

Palabras clave: Necesidades memoriales – Memoria impedida – Olvidos - Democracia - Dictadura

Memory's scalpel in Argentine democracy

Summary

This article is organized around three central themes. The first subject matter refers to the need to link two concepts: Paul Ricoeur's Hindered Memory and Régine Robin's Needs Memorials. The second one aims to apply these concepts to the post-dictatorial period initiated with Raúl Alfonsín's government in 1983. The third one extends the reach of the concepts to the post-neoliberal cycle marked by Néstor Kirchner's access to power and followed by Cristina Fernandez de Kirchner's ruling.

Keywords: Memorial needs - Prevented memory - Forgetfulness - Democracy – Dictatorship

* Investigador del CONICET, director de la Maestría en Partidos Políticos y de la revista *Estudios*, del Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba.

La historiografía política en treinta años de democracia, 1983-2013: Problemas, temas y abordajes

La metáfora con la que iniciamos este artículo remite a los cambios y continuidades en el ejercicio de la memoria durante tres décadas de democracia en Argentina.

“La memoria es inherente revisionista, hace permanentemente ejercicios selectivos de amnesia. Y es así que lo que se olvida puede ser tan importante como lo que se recuerda”, decía Dora Schwarztein retomando los aportes de Yosef Yerushalmi en sus reflexiones sobre el olvido.¹ Desde los pioneros trabajos de Elisabeth Jelin a los aportes de Hugo Vezzetti, Héctor Schmucler, Beatriz Sarlo y Carlos Altamirano, entre otros, una pléyade de jóvenes investigadores ha transitado el inconcluso camino de dilucidar las relaciones entre historia, memoria, transición democrática y poder político en la Argentina desde 1983. Su común denominador ha sido el compartir un campo interdisciplinario en el que coexisten dimensiones políticas, culturales, simbólicas y subjetivas.² A la sombra de ese vasto campo de producción intelectual, este texto se articula en torno a tres ejes centrales. El primer eje remite a la necesidad de vincular los conceptos de *Memoria Impedida*, de Paul Ricoeur, y *Necesidades Memoriales*, de Régine Robin.³ El segundo, trata de hacer operativos esos conceptos en el período post-dictatorial iniciado durante la presidencia de Raúl Alfonsín en 1983. El tercero, extiende el alcance de los mismos al ciclo post-neoliberal marcado por el acceso de Néstor Kirchner, y luego, Cristina Fernández de Kirchner al poder ejecutivo nacional.

Memoria impedida y necesidades memoriales

¿Por qué me parece interesante vincular estas nociones? Porque entre ambas se extiende un puente de plata: ambas remiten a preguntas que tienen como destinatario a la sociedad civil más que al Estado. Ricoeur utiliza la noción de *memoria impedida*, para diferenciarla de la memoria manipulada, la memoria de Estado construida a partir de operaciones historiográficas, “artificiales”. Aquí la pregunta es: ¿Impedida por quién?

Ciertamente, no se trata de una memoria impedida por la manipulación estatal o únicamente impedida por el Estado sino por la sociedad, por las personas comunes y los dirigentes, por los actores sociales y políticos: la memoria impedida es un fenómeno societal, tan amplio como transversal a diversas subjetividades políticas. En un plano analítico, la memoria impedida es la memoria impedida de la sociedad, que puede coincidir o no, con los usos políticos de la historia que hacen los gobiernos o con la memoria de Estado. En todo caso, la *memoria de Estado* puede operar como mecanismo de legitimación político institucional de la memoria impedida. Y, particularmente, de los olvidos presentes en la memoria impedida. La legitimación estatal puede en determinados casos validar la memoria impedida y operar como un criterio de verdad. Valida las presunciones sociales y las legitima. En estos casos, se produce el abrazo entre la memoria impedida y la manipulada. Ese punto de intersección es posible porque la memoria impedida tiene que ver con la represión, con el trauma, y particularmente, con el olvido de determinados contenidos que son necesarios para la construcción de un mito social; mito que se asocia muchas veces a la defensa y/o construcción de un proyecto político, sea de un gobierno, un partido o un líder. En otras palabras, se articula con un espacio de fusión entre el universo simbólico y las prácticas políticas: las *necesidades memoriales* presentes en un período histórico dado. Esta es, pues, una noción bifronte: remite a un entrelazamiento entre necesidades

¹ Schwarztein, D. (2002), “El lugar de las fuentes orales en los archivos: una cuestión en debate”, en *Estudios Sociales* N° 22-23, Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral, p. 17.

² Jelin E. (2010) “Perspectivas y desarrollos convergentes: derechos humanos, memoria y género en las ciencias sociales latinoamericanas”, en E. Bohoslavsky et al., *Problemas de historia reciente del Cono Sur*. Buenos Aires: Prometeo-Universidad Nacional de General Sarmiento, p. 57.

³ Ricoeur P. (2000) *La memoria, la historia, el olvido*. Buenos Aires: FCE; Robin R. (2012) *La memoria saturada*. Buenos Aires: Waldhuter.

La historiografía política en treinta años de democracia, 1983-2013: Problemas, temas y abordajes

sociales y necesidades institucionales de gobierno o de régimen político. Extrae su vitalidad de ese entrelazamiento. En otras palabras, las necesidades memoriales no son sólo de los gobiernos, sino de un conjunto de actores mucho más amplio que puede incluir oficialismo y oposición. En este punto no cabe sino recordar a modo de didáctico ejemplo el capítulo que José Rilla en su tesis doctoral defendida en la Universidad de La Plata y en su libro *La actualidad del pasado* dedica al “Padre Nuestro Artigas, zona de concordia, centro de una religión cívica, para la historia un genio, para la patria un Dios”, como dice el himno a Artigas compuesto por Ovidio Fernández Ríos en 1942.⁴

Tres muertos en el ropero

El segundo eje articulador de esta reflexión remite a un ejercicio de análisis que permite pensar en las necesidades memoriales presentes desde los inicios de la transición democrática argentina hasta el inicio del ciclo post-neoliberal. Pensar en las necesidades memoriales de la transición democrática argentina, supone tener presente que las significaciones producidas por la renovación y revitalización del ideal democrático condujeron a una visión contrastada y sin matices, como oportunamente señaló Luis Alberto Romero, entre el universo democrático y el dictatorial.⁵ El juicio a las juntas militares supuso –en palabras de Hugo Vezzetti- una acción fundante, el eje axial de un nuevo pacto político que encarnaba las promesas de la democracia.⁶ Pero esa acción fundante coexistía, no exenta de tensiones, con necesidades memoriales que tenían como contrapartida exclusiones y olvidos. Recurriendo a la didáctica metáfora de Robin: “*Se olvida, se reprime, se pone distancia en lo más profundo lo que molesta, se llenan los roperos de la historia de cadáveres, esperando abrirlos y encontrarlos sin poderlos reconocer*”.⁷ En este aspecto, tres cuestiones fueron centrales. Utilizando la metáfora de los cadáveres en el ropero empleada por la historiadora y socióloga francesa se pueden identificar:

- A. El primer muerto en el ropero: *la invisibilización del terrorismo de Estado durante el gobierno peronista* (particularmente 1974-76); se oculta la complicidad con el terrorismo y la violencia política del gobierno constitucional previo a la dictadura, el de María Estela Martínez (Isabelita), invitada al acto de asunción de Alfonsín en 1983. Para inventar un “hilo conductor” (entre la democracia antes del golpe y después del golpe), se disimulan las responsabilidades de Perón y su esposa. Se soslaya, así, que el régimen político derrocado en 1976 ya cobijaba en su seno el terrorismo de Estado. O para decirlo en palabras de Daniel Feierstein, las prácticas sociales genocidas comenzaron bajo un gobierno democrático.⁸ Tanto el Operativo Independencia en Tucumán como la formación en 1975 del Comando Libertadores de América, en Córdoba, fueron claros ejemplos de ello. Más aún, no sería poco razonable afirmar que el involucramiento estatal en el mercado negro de la violencia política comienza el mismo día del regreso de Perón al país en junio de 1973, es decir, con la masacre de Ezeiza.
- B. Segundo muerto en el ropero: *la invisibilización de la complicidad de la sociedad civil con la dictadura*. Se disimulan los respaldos civiles al golpe, la indiferencia hacia las Madres de Plaza de Mayo durante los primeros años de la dictadura con su

⁴ Rilla J. (2008) *La actualidad del pasado*. Montevideo: Sudamericana Uruguay, p. 37.

⁵ Romero L. A. (2006) “La democracia y la sombra del Proceso”, en H. Quiroga y C. Tcach (comps.), *Argentina 1976-2006*. Rosario: Homo Sapiens, pp. 15-30.

⁶ Vezzetti H. (2010) “La memoria justa: política e historia en la Argentina del presente”, en E. Bohoslavsky et al., *op. cit.* p. 87.

⁷ Robin R. *op. cit.* p. 37.

⁸ Feierstein D. (2007) *El genocidio como práctica social*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

La historiografía política en treinta años de democracia, 1983-2013: Problemas, temas y abordajes

consiguiente aislamiento cívico, el apoyo de las clases medias al dólar barato de Martínez de Hoz, de los sectores populares a la guerra de las Malvinas, etc. Este segundo ocultamiento reduce las culpas a los militares y por consiguiente introduce una dicotomía que maximiza la base social, civil y política de la democracia. En esta segunda invisibilización, la dirigencia política tenía además intereses específicos.

En primer lugar, porque habilitaba el olvido de la adhesión de la dirigencia política a *la teoría de la violencia como resultado del enfrentamiento entre grupos ideológicos extremistas y autónomos de signo opuesto*. La sociedad era concebida como víctima de la violencia y no como protagonista de ella. La muy conocida "Teoría de los demonios" se funda en esta victimización de la sociedad.

En segundo lugar, autorizaba también el olvido *de la teoría de los excesos en la represión* para explicar las violaciones a los derechos humanos. Ambas argumentaciones fueron corrientes en la mayoría de los sectores civiles y políticos antes de la guerra de las Malvinas y permitían salvar a las Fuerzas Armadas como institución y desconocer el ejercicio sistemático del terrorismo de Estado. Tanto es así, que cuando el 14 de julio de 1981 se fundó la Multipartidaria que incluía a la UCR, el PJ, el PI, el MID y la DC, se ignoró el tema de los desaparecidos, se eludió cualquier referencia al terrorismo de Estado y se convocó a iniciar la transición bajo el lema del Episcopado Argentino: la reconciliación nacional. Por eso, las madres de Plaza de Mayo se acercaron al acto fundacional para protestar ante los partidos y exigir se incluya el tema de los desaparecidos y las responsabilidades estatales. Igual postura había asumido la Asociación Permanente por los Derechos Humanos.⁹

En tercer lugar y en el caso del peronismo, es fácil comprobar la ausencia de toda reflexión autocrítica sobre la promesa estrella de su candidato presidencial en 1983 (Italo Luder): convalidar la auto-amnistía que los militares se habían dado a sí mismos. Este punto lo podemos vincular con el anterior: la ley 22.924 de auto-amnistía extendía sus efectos retroactivos al período constitucional 1973-76. Este dato dista de ser menor porque pone en evidencia que los propios militares reconocían que las prácticas de terrorismo de Estado habían comenzado antes del golpe militar.

- C. Tercer muerto en el ropero: *el ocultamiento de la identidad política de los militantes presos, asesinados o desaparecidos y, por lo tanto, de sus apuestas políticas*. El mito de las víctimas inocentes, invisibilizó la identidad política de las militancias reprimidas, de los destinatarios de la represión. Motivo subyacente: se postergaba indefinidamente el debate sobre la violencia política de los setenta y, en consecuencia, se eximía a la sociedad en general y a la sociedad política en particular de una reflexión sobre sus propias responsabilidades en el pasado reciente. La culpa se coloca en un afuera, en un exterior constitutivo de la inocencia de los protagonistas de la transición democrática. En este punto, cabe compartir lo sostenido por Nora Rabotnikof: la imagen de la sociedad y de los militantes como víctimas inocentes operaba en detrimento de la posibilidad de incorporar a la memoria de ese pasado, la intensidad de los compromisos políticos prevalecientes en esos años.¹⁰

Los tres factores enunciados, esta triple invisibilización, conducen a una misma y persistente duda: si la sociedad hubiese sido tan resistente a la dictadura, si los políticos hubiesen sido tan renuentes a ella, ¿habría sido necesario inventar el mito de las víctimas inocentes? ¿Hubiese sido necesario respaldarse en el mito de la continuidad democrática 73-83? ¿habría sido políticamente viable la

⁹ Tcach C. (1996) "Partidos Políticos y dictadura militar en Argentina (1976-1983)", en Dutrenit S. (coord.) *Diversidad partidaria y dictaduras: Argentina, Brasil y Uruguay*. México: Instituto Mora, p. 66.

¹⁰ Rabotnikof N. (2007) "Memoria y política a treinta años del golpe", en Lida C, Crespo H. y Yankelevich P. (comps.) *Argentina 1976. Estudios en torno al golpe de Estado*. Buenos Aires: FCE-El Colegio de México, p. 270.

La historiografía política en treinta años de democracia, 1983-2013: Problemas, temas y abordajes

ficción de contraponer como absolutos, sin matices ni intersticios el universo democrático y el dictatorial? , ¿La configuración de ese tipo de necesidades memoriales no devela, acaso, la debilidad de una cultura política democrática que necesita de amuletos ficticiales para legitimarse frente al pasado dictatorial?

Nuevas necesidades memoriales: cambios y continuidades

Las leyes de Obediencia Debida y Punto Final, durante la presidencia de Alfonsín, y el indulto presidencial menemista, después, supusieron un cierre en falso de la problemática de la violación de los derechos humanos en Argentina. Pero mientras en el primer caso la asociación entre democracia y justicia retrospectiva no desaparecía (ni para los comandantes militares ni para los responsables de la apropiación de menores), en el segundo se eclipsaba en aras de la pacificación nacional. Ese imperativo tornaba superfluo –o al menos prescindible en el corto plazo- la forja de un relato histórico alternativo del pasado reciente: sencillamente “había que dar vuelta la página”.¹¹ Esta propensión que recorrió los primeros años noventa fue acompañada por las autocríticas del general Martín Balza y de Mario Firmenich, ambas –separadas por una semana de diferencia- realizadas en el programa de televisión que conducía Bernardo Neustadt, un ícono del periodismo de derecha. Es sintomático que ambas hayan sido realizadas en un estudio de televisión. Ciertamente, el éxito gubernamental en la lucha anti-inflacionaria, la desaparición de los problemas generados por los militares “carapintadas”, y la fuerza del “discurso único” neoliberal, abonaban ese clima. Empero –y pese al apoyo de sectores corporativos- el ensayo menemista iniciado con el indulto de julio de 1989 constituyó una refundación fallida. Tras la conmoción generada por la crisis del año 2001 que puso fin al gobierno de Fernando de la Rúa, la imposición del olvido y la impunidad mostró sus límites.

Cabe preguntarse, entonces, ¿qué cambios y que continuidades pueden encontrarse en el ciclo post-neoliberal iniciado en 2003?

La primera invisibilización se mantiene incólume. El peso de la justicia ha recaído sobre responsables y colaboradores civiles del terrorismo de Estado, pero el universo peronista que cobijó la violencia estatal durante el periodo previo al golpe de Estado escapó a los alcances de la construcción de sentido de las políticas públicas de Memoria, Verdad y Justicia promovidas en el período post-neoliberal. En otras palabras, pueden ser juzgados en los tribunales algunos integrantes de la parapolicial Triple “A” (Alianza Anticomunista Argentina), pero una suerte de “bisturí de la Memoria” aísla esas violaciones de los derechos humanos de la responsabilidad política de Perón, de María Estela Martínez de Perón y del sindicalismo peronista. Por ejemplo, la directiva del Consejo de Seguridad Interior, presidido por Isabelita, que disponía que las Fuerzas Armadas ejecutaran la ofensiva contra la subversión en todo el territorio nacional para detectar y aniquilar las organizaciones subversivas. Asimismo, este bisturí de la Memoria tampoco deja ver las marcas que responsabilizan políticamente a Perón de los asesinatos y hechos de violencia producidos antes del surgimiento formal de las Tres A, empezando por la masacre de Ezeiza.

Es posible suponer que estas omisiones se correlacionan con ese espacio de la subjetividad que remite a la construcción de un nosotros, es decir, con las dificultades propias de un cuestionamiento que debe hacerse desde el interior de la identidad peronista. Pero también con motivos pragmáticos: me estoy refiriendo a la siempre latente y cambiante política de alianzas en el interior del peronismo. En otras palabras, con su labilidad. Así, por ejemplo, en julio de 2012 la histórica central obrera argentina, la CGT, se dividió en dos sectores, uno opositor y otro oficialista. Este último, descansa en la tradicional burocracia sindical peronista (menemista y privatizadora

¹¹ Altamirano C. (2007) “Pasado presente”, en Lida C, Crespo H. y Yankelevich P. (comprs), *op. cit.* p. 25.

La historiografía política en treinta años de democracia, 1983-2013: Problemas, temas y abordajes

en la década de los noventa) y es liderado por el secretario general de la UOM (Unión Obrera Metalúrgica), Antonio Caló. Ciertamente, la responsabilidad de la UOM en el ejercicio de la violencia política contra la militancia de izquierda peronista y no peronista, distó de ser menor en los años '70. Por entonces, las denuncias contra la "Patria Metalúrgica" a raíz de las persecuciones contra militantes sindicales de base y luchadores sociales, estuvieron a la orden del día. En este sentido constituyó un hito, la represión policial y parapolicial contra los obreros metalúrgicos de Villa Constitución (provincia de Santa Fe) en marzo de 1975 (un año antes del golpe) que habían desafiado la conducción nacional del gremio, en manos de Lorenzo Miguel. Recapitulando lo dicho sobre esta primera invisibilización, si con el alfonsinismo tenía mucho que ver con la necesidad de construir el mito de un hilo conductor de una democracia interrumpida por los militares, en el período post-neoliberal se asocia a dos factores imbricados entre sí: las dificultades identitarias y los costos operativos –beneficios y pérdidas– de las políticas de alianzas en el interior del peronismo.

La segunda invisibilización, que remite a la inocencia de la sociedad civil, ha sido erosionada a partir de los gobiernos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner. La expresión "dictadura cívico militar" comenzó paulatinamente a desplazar la de "dictadura militar". Este cambio implicó apuntar a una nueva construcción de sentido en la se combinan elementos virtuosos (de cara a la reconstrucción historiográfica del período) con otros propios del oportunismo político. Estos últimos, más propios de una memoria oficial que de una memoria impedida, suponen un tratamiento selectivo del arco de complicidades civiles. El énfasis está puesto en los adversarios políticos de coyuntura –especialmente en ciertos medios de comunicación– pero salvando siempre la figura del "pueblo". En este punto merece recordarse el discurso de la presidenta Cristina Fernández de Kirchner de julio de 2012 referido a la guerra de las Malvinas, en el que señalaba: *"ningún acto de la dictadura puede ser legitimado por el apoyo redibido por algunos habitantes de la nación"*.¹² Se construye un relato cuya coherencia estructural interna reside en identificar los amigos de hoy con víctimas de la dictadura y los enemigos del presente con los adláteres de aquel tiempo. Si Alfonsín construía el relato de la continuidad entre dos democracias, el kirchnerismo traza un puente imaginario que une luchadores y enemigos de ayer y de hoy.

La tercera invisibilización, el ocultamiento de la identidad política de los asesinados, secuestrados o torturados, ya es un dato del pasado. Los gobiernos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner han superado esos ocultamientos que estaban presentes en los inicios de la transición democrática. Pero la vía de superación estuvo marcada por dos rasgos centrales:

- a) Su recuperación selectiva reflejada en la exaltación de la militancia juvenil peronista, en el recuerdo social de las luchas populares de los años setenta. Este tratamiento selectivo implicó colocar en un cono de sombra a un amplio espacio de la izquierda que no participó de la lucha armada (las principales organizaciones maoístas y trotskistas, el Partido Socialista de los Trabajadores que en 1973 presentó la fórmula Coral- Paez, (obrero de la FIAT en Córdoba), el marxismo leninismo no guerrillero, y por cierto, el Partido Comunista con su amplia red de cooperativas y organizaciones culturales. Pero sobre todo, habilitó la secundarización de la militancia en las comisiones internas de fábrica, donde la izquierda clasista era fuerte. Este muerto en el ropero de la memoria es grave por dos motivos: porque la mayoría de las víctimas de la dictadura fueron trabajadores y porque elude tematizar las causas de la derrota. De este modo, **pensar la derrota se reduce a pensar en la colosal dimensión de la represión.**
- b) El segundo rasgo remite a lo que Ernst Bloch hubiese llamado la "no contemporaneidad": se desnudan las identidades de los militantes del pasado, se muestran sus rostros y se exhiben sus símbolos para legitimar políticas del presente. En rigor, es corriente que los políticos de diversas épocas y orientaciones ideológicas, hagan circular nociones y significaciones fuera del tiempo

¹² *Página 12*, 7-2-2012. <http://www.pagina12.com.ar/diario/ultimas/index-2012-02-07.html>

DOSSIER

La historiografía política en treinta años de democracia, 1983-2013:
Problemas, temas y abordajes

histórico que les dieron sentido. También en el caso argentino se presume de articular diversas temporalidades pero, en rigor, hay un uso de retazos. Como si fuesen retazos textiles, se usan partecitas de modo oportuno, tal vez, en “una fina estrategia de desvío de sueños”.¹³

En esa estrategia, un aspecto soslayado, un olvido funcional de esa retórica extendida, ha sido el desprecio al dinero de la generación setentista. El peso de los incentivos colectivos –ideológicos y de identidad- era central.¹⁴ A modo de ejemplo, un militante de una organización podía tener un millones de pesos debajo de la cama, y luego ir a comprar fideos en la esquina para hacerse el almuerzo: esta conducta no era un dato anecdótico. Se correspondía con una representación clave de toda una generación de militantes revolucionarios: el sueño del *hombre nuevo*. En el interior de las organizaciones revolucionarias, la corrupción o la deshonestidad distaban de ser un hecho menor. Porque no había revolución sin moral revolucionaria. Este “pequeño detalle”, este olvido, es funcional a una retórica extendida que disimula la distancia entre la *entrañable transparencia* –como escribía el compositor cubano Carlos Puebla en 1965 para la célebre canción “Hasta Siempre Comandante”- y el *barro de la historia* al que hacen referencia José Pablo Feinmann y Ricardo Forster.¹⁵

¹³ Robin, R. *op. cit.* p. 52.

¹⁴ Utilizo el concepto de incentivos colectivos en el sentido de Panebianco. Panebianco Á. (1990) *Modelos de Partido*. Madrid: Alianza, pp. 61-81.

¹⁵ <http://noticias.terra.com.ar/politica/forster-siempre-hay-una-composición-dramática-en-la-historia-arg>, (1-1-2012). Visto: 24-11-2013.